



## EL CORDERITO.

Vamos á ofrecer á los lectores de Los NIÑOS una muestrcita de un libro, que, con el título de *Mari-Santa*, ha escrito nuestro colaborador D. Antonio de Trueba y acaba de publicar la empresa de *La Moda Elegante Ilustrada* y *La Ilustracion Española y Americana*, cuyas publicaciones hasta son modelos de belleza material.

«— Mira, Anton, me dijo Teresita (y debo advertir que la niña me trataba con tanta familiaridad porque yo, que me muero porque los niños me llamen de tú, se lo habia exigido, y lo habia conseguido con ayuda de Doña Mari-Santa, que participaba de mis aficiones), te voy á pedir un favor.

—¿Qué favor es ese, hermosa?

—Oye, que no quiero que lo oiga Leandro.

Inclinéme, y la niña, acercando la

dulce boquita á mi oido, añadió:

— El año pasado no quiso mamá que me trajeran de la aldea un corderito, sin duda porque entónces áun era yo muy chiquitita; pero ahora ya soy grande, y quiero que me le traigan. Anda, dile á mamá que se le encargue á las aldeanas que van á traernos hoy gallinitas y *chitas* (pollitos). Si se lo dices te doy *musúa* (un beso), y si no se lo dices, no te quiero.

Mari-Santa, que por lo visto, por medio de sus espías habia adquirido alguna noticia de la peticion que Teresita preparaba desde el dia anterior para cuando pudiera cogermé por su cuenta, habia seguido á la niña, y la sorprendió hablándome al oido cuando yo me preparaba á pronunciar el «concedido.»

—¿Secretitos tenemos? preguntó sonriendo.

— Sí, señora, le contesté sonriendo también, y van á dejar de ser secretitos. Mi amiga Teresita desea que yo interponga mi poderosa influencia á fin de que encargue V. á las aldeanas que le traigan el cordero más lindo que haya nacido de ovejas.

— Pues tengo el sentimiento de decir á V. que su influencia no es bastante poderosa para que por medio de ella consiga Teresita lo que desea.

— ¿Por qué no, mamá? preguntó la niña iniciando un pucherito para llorar.

— Te lo diré, y D. Antonio se convencerá, y tú también, de que tengo razon en no querer que haya en casa más inocente y lindo cordero que tú. Los corderitos son muy monos y divierten mucho á los niños mientras no pasan de corderitos; pero van saliéndoles cuernos, van perdiendo toda su gracia, y van dando en la de topar. Entónces hay que matarlos ó venderlos, y como se les ha tomado cariño, no vale todo lo que han di-

vertido lo que cuesta el deshacerse de ellos. ¡Que diga ahora D. Antonio si tengo ó no tengo razon en no querer más corderos que esta hermosa cordera de la casa!

Y la cordera, desques de recibir de su madre un beso apretado y chillado, que son los que más gracia me hacen, me miró como preguntándome si era ó no definitiva aquella sentencia.

— Tiene razon mamá, le dije. Figúrate tú que hubiera necesidad de matar ó vender á Catulinda, ¿qué harías tú entónces?

— ¡Ay, Anton, entónces me moria de pena! exclamó la niña como aterrada con aquella idea.

Sonaron cascabeles, y apareció Catulinda, que, seguida de sus dos hijos, ambos adornados de pintorescos collares con cascabeles, venía en busca de su amita, y olvidándose ésta del cordero, corrió á su encuentro, aplicando á la gata y los mininos todos los hiperbólicos nombres del diccionario de la ternura que su madre solia aplicarle á ella.»

## EL HIJO DEL CONSERJE.

(FÁBULA.)

En el salon soberbio  
De un ostentoso alcázar,  
Morada veraniega  
De un príncipe de España,  
Con su magin á solas  
De esta manera hablaba

Perogilito el simple,  
Solemne papanatás:  
«Éstas que en torno miro,  
Magníficas estatuas,  
Se dice son de nueve  
Doctísimas hermanas.

» La tal y tal de *Musa*  
Parece se llamaban :  
*Musa* es un apellido,  
Que nadie ya lo gasta.

» De las bonitas doctas  
Conclúyese la raza :  
No hay que buscar ya nueve,  
Ni dos, en una casa.

» Hoy, á la que es hermosa,  
Sabérselo le basta,  
Y otra sabiduría  
No sirve para nada.

» Con su morral de seda  
Al fin de las espaldas,  
Y un monte de postizos  
En la cabeza vana,

» Saber no necesitan  
Coserse las enaguas,  
Ni qué hay en los libritos  
De Astete y de Ripalda.

» Con bien distinta ciencia  
Éstas mis nueve sábias,  
Supieron irse al cielo,  
Siendo en la tierra santas.

» Y á la verdad que choca  
Ver cómo se las trata :  
Nadie les pone luces,  
Les reza ni les canta.

» Del amo, y sus cincuenta

Criados y criadas,  
Yo, el hijo del Conserje,  
Repararé la falta.»

Dicho y hecho : Perico  
Preces pronuncia várias,  
Y luégo un incensario  
Del oratorio saca.

Uno por uno inciensa  
Los bultos de Carrara,  
Y tres y cuatro veces  
Á los que más le agradan.

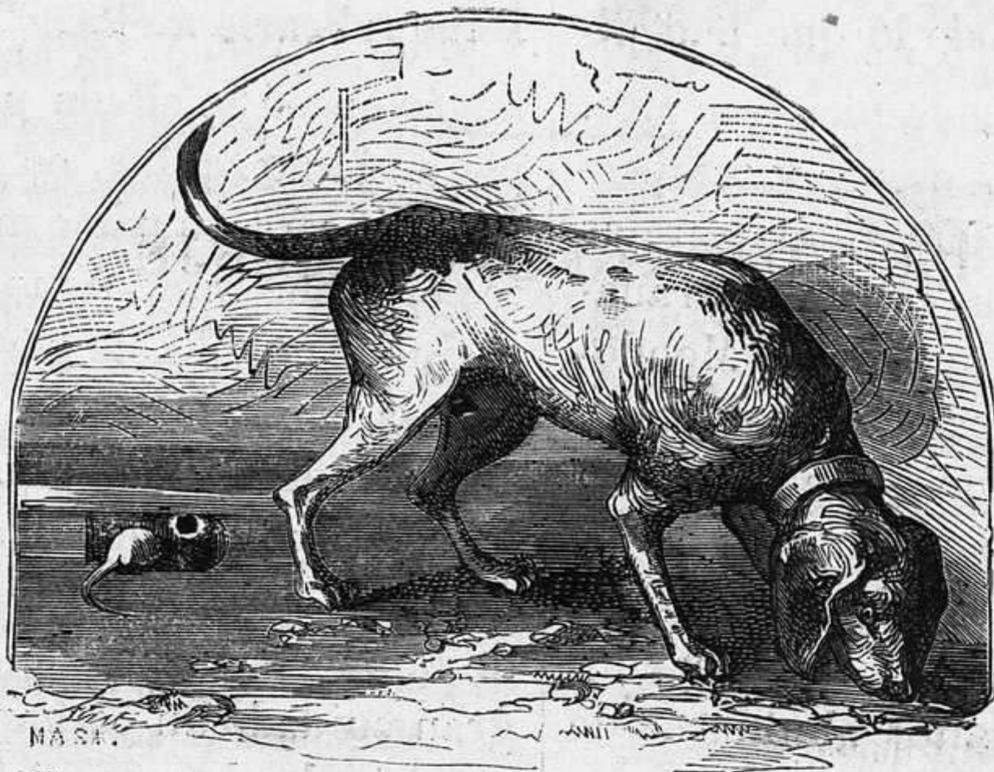
Pero una vez medida  
Sin tino la distancia,  
El incensario el rostro  
Hiere de la incensada.

Los labios le deshace  
Piezas al aire saltan,  
Y sin narices queda  
La celestial Urania.

El padre de Perico  
Entra con una estaca.....  
El daño ve..... y al tonto,  
Á poco más, le mata.

« Por fe le daba incienso »,  
El infeliz gritaba.  
— « Pues incensar la imágen,  
Y no deshociarla. »

J. EUGENIO HARTZENBUSCH.



## EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA.

(HAZAÑA DE HERNAN PEREZ DEL PULGAR, PRIMER MARQUÉS DE SALAS.)

(Conclusion.)

Pusiéronse en marcha los elegidos, guiados por Pedro, á cuyo lado se colocó Hernan, ya para vencer cualesquiera obstáculos que pudieran surgir, ó ya tal vez, y es lo más probable, para quitarle hasta el más ligero pensamiento de faltar á la fe prometida, y caminaron largo trecho con gran trabajo y tanteando á oscuras la peligrosa senda que iban recorriendo, metidos en el agua hasta la rodilla.—Siguieron por la *Ribera de las Tenerías*, y cuando llegaron á una magnífica casa (1), de que aún quedan vestigios, treparon á la cresta del ribazo, y se metieron por una estrechísima calle llamada Acequia ó Azacaya de los Tintes, viniendo á parar, por último, á una muy reducida plaza, en donde hicieron alto.

La noche seguía oscura y tempestuosa; las calles que formaban las 70.000 casas de que constaba Granada, en sentir de Hurtado de Mendoza, yacian completamente solitarias, y el profundo silencio que á la sazón envolvía á la sultana querida de los musulimes sólo era interrumpido por el continuo silbar del recio viento que azotaba los altos alminares de

(1) Se cree que debió ser algun palacio tal vez perteneciente á la propiedad real.

los palacios moriscos, por el estridente chirrido de las lechuzas que revoloteaban sobre los tejados de las morunas viviendas, y por las voces que los centinelas de los castillos daban de vez en cuando para demostrar su vigilancia.

« Aquella debe ser la gran mezquita, dijo Pulgar á su liberto.— Sí, Hernando, replicó éste; y esa que ves en medio la puerta principal, vuelta al Oriente, no léjos de la casa del Alfaquí mayor, que es aquella que allí se divisa.»

Pulgar entónces avanzó algunos pasos á fin de reconocer el terreno, y presto volviendo á sus compañeros, que les ordenó que le siguieran, y todos juntos y con gran silencio, llegaron á la citada puerta principal de la mezquita, en donde habia de verificarse la parte más culminante; el hecho más digno de alabanza y el más envidiable pasaje de su hazañosa empresa.

Encendida y en la mano el hacha de cera que consigo traía, en señal de su fe, arrodillóse Pulgar delante de la puerta y sacó de su pecho con gran cuidado un pergamino.— En él, y en fondo dorado, veíanse escritos en gruesos caracteres de letra azul

estas sublimes palabras, que por sí solas forman todo un poema: «*Ave María*»; y debajo, pero en letras mucho más pequeñas y que apenas se podían leer, estaban igualmente escritos el Credo y alguna otra oración.—Besó el pergamino con entusiasmo tres veces, y dijo á sus compañeros: «Aquí teneis mi escudo; esta empresa no es mia, es de la Reina de los Ángeles.—Sed vosotros testigos de cómo tomo posesion de esta mezquita, en nombre de los Reyes de Castilla, consagrándola desde ahora á la Virgen del cielo, que nos ha servido de guía.»

Y dicho esto, y quedando arrodillados los guerreros, se levantó Pulgar en pié, y de un solo golpe clavó su puñal en la tablazon de la puerta, dejando pendiente de él aquel sagrado rótulo, con la toma de posesion. «*En poder de infieles te dejamos, dulcísimo nombre de María; concédenos la gloria de volver en breve á rescatarte.*»

Acto continuo arrimó á otra puerta las retamas y atochas que prendió fuego con el hacha, diciendo: «No basta, amigos míos, haber tomado posesion de la mezquita: en esta misma noche tiene de arder Granada.»

Dirigiéronse despues á la *Alcaicería*, sitio en donde se custodiaban para el mercado abundantes riquezas en magníficas telas y sederías, y con ánimo de reducirlo todo á cenizas; pidió á Tristan de Montemayor la cuerda encendida, pero la desgracia hizo que se olvidára éste de ella, y fué tanto el enojo de Pulgar que, sin poderse contener, tiróle de sosla-

yo con la espada, hiriéndole, aunque levemente, al par que le decia: «¿Qué has hecho, mal hombre?—Esta noche quedaba abrasada Granada, y me has quitado la mayor hazaña que en el mundo se hubiera oído.» Y al acabar estas palabras quiso acometerle de nuevo, pero lo impidieron Bedmar y los otros poniéndose por medio. Entónces Baena terció en la escaramuza y dijo á Pulgar: «Sosígate, señor, y aguarda un sólo instante, que fuego he de traerte para abrasar mil veces á Granada.» Y diciendo y haciendo, corrió á escape á la mezquita en busca de él, seguido de algunos compañeros.

Ya regresaban con la cuerda y hachas ardiendo, cuando al volver la esquina del *Zacatin*, en direccion á la puerta principal de la *Alcaicería*, vieron acercarse á ellos unos cuantos moros que guardaban aquel riquísimo barrio: ver á los moros, oír zumar por cerca de la cabeza de Baena una piedra que les arrojaron, y lanzarse nuestros caballeros á su encuentro con espada en mano, todo fué obra de un instante.—Los alarbes gritan, acuden los castellanos, y entre unos y otros, ármase tremenda lucha que, como la marea en los plenilunios, iba subiendo de punto rápidamente, á medida que se aumentaba el número de los combatientes árabes que acudían en confuso tropel desde todos los ángulos de la poblacion.

Los azorados alarbes caían acá y allá sin vida á impulsos de los bien templados aceros cristianos, como la

dorada mies del estío se inclina y cede prontamente al diestro golpe que le da el segador acostumbrado á la faena.—Pero entre todos los guerreros destacábase la encumbrada figura de Pulgar, cuya espada temible semejaba la guadaña de la muerte con sus certeros mandobles, pues que jamas intentaba ningun moro aproximársele que no pagase cara su osadía.

La batalla se prolongaba demasiado, dando lugar á que cundiera la noticia por toda la ciudad, llegando hasta ser conocida del mismo Boabdil, que tuvo que bajar de su palacio para tranquilizar la poblacion que se creia tomada por sus enemigos.—Entanto, nuestros bravos castellanos, que más parecian leones del desierto que hombres mortales, batíanse siete contra miles, sin ceder un palmo del terreno que pisaban; pero atento Pulgar á todo, vió los peligros que podia traer la continuacion de tan temeraria refriega en país enemigo, y ordenó la contramarcha, gritando con voz de trueno á sus compañeros: «Por el mismo camino, amigos, y la espada abra paso.»—Y quedando él detras, como para guardar la retirada, fueron desfilando unos tras otros hasta llegar á la márgen del rio, en cuyo cauce entraron: por allí, entre golfos, quiebras y peligros que producian las aguas, fueron caminando á tientas todo el largo trecho que les separaba del sitio en donde se hallaban los otros compañeros y los caballos.

En tales momentos vióse muy en

peligro de perecer Jerónimo de Aguilera, por haber caido en un noque, del cual pudieron sacarle á duras penas.

Llegados bajo del puente, donde les esperaban sus amigos, dijo Pulgar: «No hay que perder tiempo, y ya que Dios nos ha sacado en bien de tan aventurada empresa, no perdonemos afan ni diligencia hasta vernos en salvo.»

Y sin más dilacion montaron á caballo y pusiéronse á cabalgar en direccion de Alhama.

La precaucion y el silencio eran ya inútiles, dada la grita y vocería que los moros hacian al acudir de torre en torre y de avanzada en avanzada.—Los caballeros, alerta siempre y dispuestos á vender caras sus vidas, hallábanse decididos á seguir á toda costa su camino, franqueándose paso con la punta de sus espadas, si, como creian, tenian que habérselas con algun tropel de musulimes que salieran en su busca con aquel objeto.

Pero no fué así por fortuna, y pudieron continuar su marcha libremente, que tal es la condicion de las grandes empresas, que llevan en sí la fianza de su buen éxito.

Una vez cruzados ambos rios, y cuando se vieron ya en campo ancho, soltaron las bridas á sus corceles, y como una flecha disparada por robusto brazo, atravesaron el espacioso llano de la vega, llegando al alborar el dia al castillo de Alheudin, poco tiempo ántes adicionado á la corona castellana, en donde hicieron alto rendidos por la fatiga y el insomnio,

ateridos de frío y con los caballos jadeantes y pudiéndose apenas tener de pié.

Lo que allí pasó no es para contado; baste decir que, á duras penas, lograron conseguir los expedicionarios que sus amigos los dejarán continuar á la mañana siguiente su marcha á Alhama, donde llegaron, por fin, sin contratiempo alguno, despues de llevar á cabo su valerosa empresa.

La noticia de la llegada y de su hazaña cundió por toda la poblacion como una chispa eléctrica, y todos los habitantes á porfía salieron de sus casas con gran ánsia de verlos, dirigiéndose cada cual á dar un abrazo y estrechar la mano del más amigo ó del más simpático, á quien desde entonces consideraba ya como un gigante de arrojo, como un héroe de invencible poder y de superior valimiento.

Y no paró aquí la cosa, sino que llegando á oídos de los monarcas de Castilla, apenas se atrevieron á creer que fuera cierto tan señalado hecho; pero cuando tuvieron la seguridad de que así habia sido, empeñaron sin dilacion alguna su palabra y fe real á Pulgar y á los escuderos que le ha-

bian acompañado, de darles haciendas y bienes en la misma ciudad de Granada, así que con la ayuda de Dios se viese reducida á su servicio, y ofrecieron tambien al caudillo que habia sido el alma de la empresa «poniendo á gran riesgo y peligro su persona.... Causando gran alboroto y escándalo en la ciudad..... y debiéndose tan fausto suceso á su buen esfuerzo y valor, é por otros muchos é buenos é continos servicios *darle privilegio de asiento y honrada sepultura en la catedral que habia de labrarse sobre las ruinas de aquella mezquita.*»

Y, por último, instaron á Pulgar á que pidiese por su parte una gracia notable á cambio de su hazaña para lo porvenir, y el fuerte y atrevido caudillo, ansioso siempre del acrecentamiento de su patria y de luchar contra los infieles, dejóse llevar de su bélico ardor y de su gran corazon, y accedió á la demanda de los reyes, *pidiéndoles los molinos de Fez*, que se hallaban enclavados en el terreno marroquí, para lo cual tenia que conquistarlos con la punta de la espada.

M. G. DE OGAZO Y SIVILA.



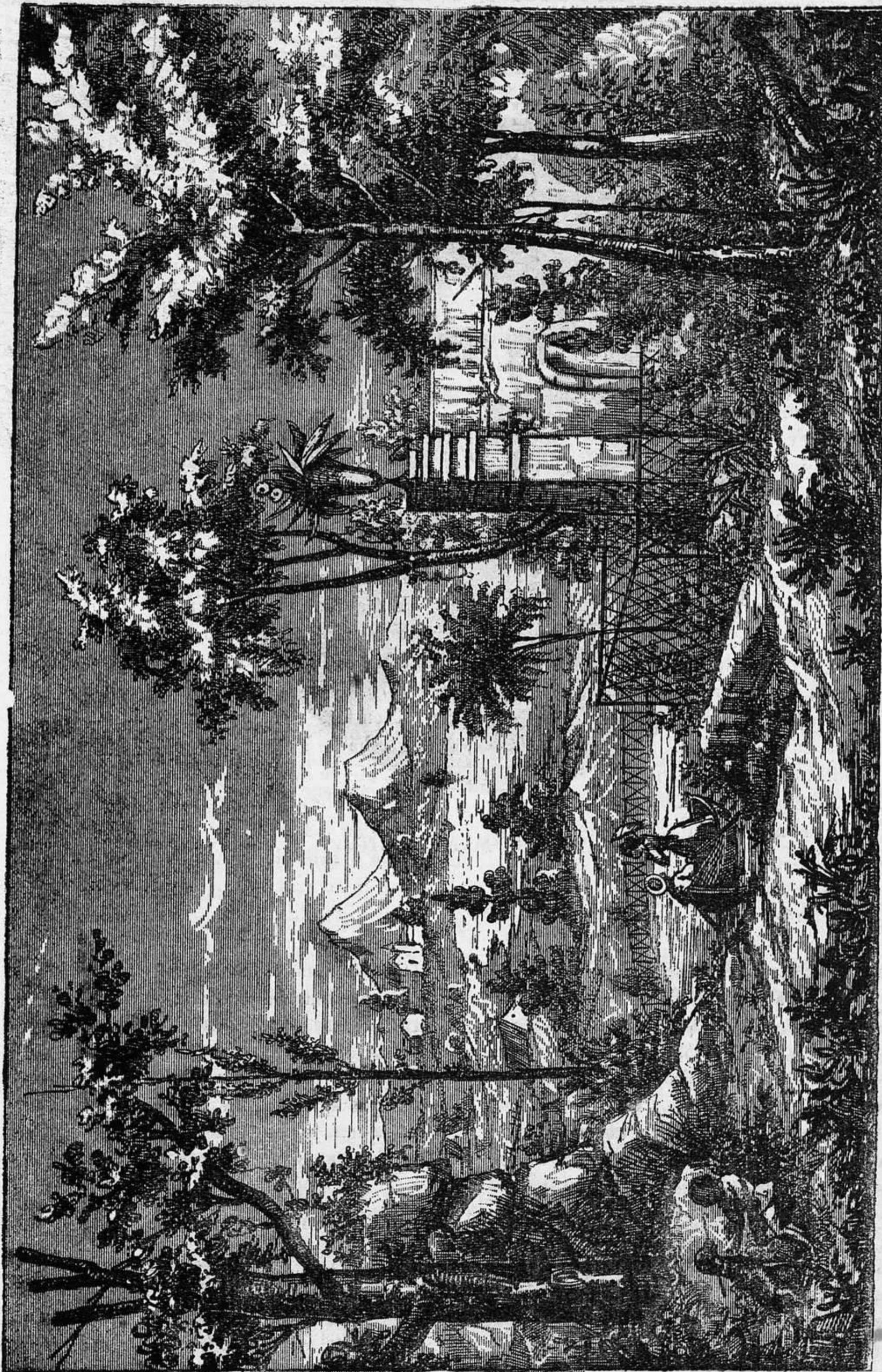


### EL DOMINQUINO.

Dominico Zampieri, llamado *el Dominiquino*, pintor, natural de Bolonia y discípulo de los Carraches, estudiaba é invertía tanto tiempo en sus obras, que sus rivales decían que parecían trabajadas con arado. Antonio Carrache le comparaba por esto á un buey. Anibal, que bajo aquella lentitud y aparente torpeza veía un gran talento, aseguraba que *aquel buey labraria un campo tan fértil, dirigido por él, que alimentaría un día á la pintura.*

Sus muchos émulos y envidiosos, viendo cumplida la profecía, sembraron de disgustos su existencia, y aún se afirma que precipitaron el término de la misma, envenenándole en 1641, al cumplir sesenta años el pintor.

El *Dominiquino* vivía retirado y modestamente, creyendo desarmar de esta manera á la envidia. Hay pocos artistas que le igualen y ninguno que le exceda en la expresión: su *San Jerónimo* es una obra maestra y acabadísima. Sus figuras todas aparecían poseídas por la pasión: las actitudes estaban perfectamente elegidas, y sus cabezas son de una sencillez y una verdad admirables: su pincel, aunque poco ligero, no carecía de nobleza. Sus mejores obras se conservan en Roma, Nápoles y otras poblaciones de Italia, que se honraron en poseer y distinguir á *Dominiquino*, hijo de un humilde zapatero, elevado por su constancia, su talento y su fuerza de voluntad.



Cuadrito hecho por el acreditado artista Sr. Magistris, para que lo copien los niños afeitados al dibujo.

## EL PAÍS DE LAS TINIEBLAS.

(APÓLOGO.)

### I.

Antes del descubrimiento  
 Del gran Cristóbal Colon,  
 Que al mundo, con él ingrato,  
 Un nuevo mundo le dió,  
 Los hijos del polo Norte,  
 Buscando abrigo y calor,  
 Bajaron de las Américas  
 Á la templada region.  
 De una de aquellas colonias  
 La tradicion conservó  
 Una historia peregrina,  
 Que voy á contaros hoy.  
 En un islote apartado,  
 Donde no entró nunca el sol,  
 Y de cuyo estéril suelo  
 Jamas el hombre logró  
 Fruto alguno saludable,  
 Vivian en la inaccion  
 Hombres, mujeres y niños,  
 Y en la miseria mayor,  
 Miseria de cuerpo y de alma,  
 Porque en aquella region  
 Todo se ignoraba, todo,  
 Y como bestia feroz  
 Nacia y crecia el hombre,  
 Sin conocer á su Dios,  
 Y como bestia moria,  
 Sin consuelo y sin temor.  
*El país de las tinieblas*  
 Aquel país se llamó,  
 Nombre que se le aplicaba  
 Con notable precision,  
 Porque allí, como ya he dicho,  
 Jamas el sol penetró,  
 Y eterna noche envolvía  
 Aquella mansion de horror.  
 Secreto instinto, ó quizás  
 Piadoso el Supremo Dios,

Á un hombre de aquellas fieras  
 Un pensamiento inspiró.  
 — Debe haber más mundo que éste  
 Que es tierra de maldicion,  
 Dijo; y pensando, pensando,  
 Á la fin se convenció  
 De que aquella tierra estéril  
 Era del mundo un rincon  
 Solamente, y de que el mundo  
 Era mil veces mayor.  
 Habló con sus compañeros,  
 Y á algunos les convenció,  
 Y convinieron gozosos  
 (Que la fe les dió valor),  
 En salir de aquella tierra,  
 Y en frágil embarcacion,  
 Hecha de groseros palos  
 (La fe se la fabricó),  
 Ir por el mar adelante  
 Buscan 'o tierra mejor  
 Que aquella donde vivian  
 Sin la alegría del sol,  
 Sin fresca hierba en los campos,  
 Sin agua, sin una flor,  
 Como animales inmundos,  
 Y abandonados de Dios.

### II.

Los trabajos que pasaron  
 Son muy largos de contar,  
 Y por eso no los cuento,  
 Para mayor brevedad.....  
 Estuvieron en peligro  
 De que les tragase el mar,  
 Y allí, en medio de las olas,  
 Y á merced del huracan,  
 Aquellos míseros seres  
 No llegaron á cejar  
 En su afan de hallar más mundo.....

Y al ver con la claridad  
 Del sol que se reflejaba  
 En el brillante cristal  
 De las turbulentas aguas  
 Del embravecido mar,  
 De la pródiga natura  
 Los prodigios sin igual,  
 La fe les prestaba aliento  
 En aquella inmensidad,  
 Y era el anhelo de todos  
 Ir más allá.... más allá.  
 Llegaron,— que siempre llega  
 El que tiene voluntad,—  
 Y el pié en la tierra pusieron  
 Con júbilo singular,  
 Y para gozar entónces  
 Suprema felicidad,  
 Les faltaba solamente  
 Amar á Dios inmortal,  
 Y saber que á Dios debían  
 Hallar premiado su afán.  
 Era el país más hermoso  
 Que se pudo imaginar;  
 Campos de fresca verdura,  
 De agua un claro manantial,  
 Árboles de fruta llenos,  
 Brisa agradable del mar,  
 Abundante caza y pesca,  
 Terrenos sin humedad,  
 Cielo límpido y sereno.....  
 En fin, encontraron más  
 De lo que habían salido  
 De su rincón á buscar.

## III.

Pasó tiempo; aquellos hombres  
 Vivían allí muy bien;  
 No les faltaba alimento  
 Y buen agua que beber,  
 Y sabrosísimas frutas,  
 Tan dulces como la miel,  
 Y sol que les animaba,  
 Y les permitía ver  
 Los encantos que en las obras  
 Del sumo Hacedor se ven,  
 El cielo azul y sereno,  
 Las altas montañas, que

Parecía que á las nubes  
 Las querían detener,  
 Los pajarillos cantores,  
 Las flores, que en un eden  
 Convertían aquel sitio,  
 Donde Dios quiso poner,  
 Para regalo del hombre,  
 Que hartó ingrato con él es,  
 Cuanto en su afán de placeres  
 Le puede satisfacer.....  
 Hicieron allí cabañas,  
 Y encontraban cada vez  
 Recursos que no creían  
 Hallar en el suelo aquel:  
 Hallaron oro y madera,  
 Y comenzaron á hacer  
 Mil objetos muy curiosos  
 Y necesarios también,  
 Y el hábito del trabajo  
 Adquirieron, y con él  
 La virtud y la conciencia  
 Sacrosanta del deber,  
 Que el trabajo es el que al hombre  
 Le hace ser hombre de bien.

. . . . .  
 Pero viviendo tranquilos,  
 Gozando el dulce placer  
 De la paz y del trabajo,  
 Sin torpe envidia cruel,  
 Sin miserias y sin odios,  
 Sin frío, ni hambre, ni sed,  
 Mortal tristeza sentían,  
 Y si preguntáis por qué.  
 Que os conteste el que su patria  
 Ha dejado alguna vez,  
 Y vivido en otro suelo  
 Que no le ha visto nacer,  
 Aunque su patria haya sido  
 Injusta y dura con él,  
 Y haya estado mal en ella  
 Y fuera de ella muy bien.

## IV.

El mismo que salir quiso  
 De la triste oscuridad  
 De su país, dijo un día:  
 —«Vamos á volver allá,

No á vivir en las tinieblas,  
 Sino á ver si los que están  
 Allí, vienen con nosotros  
 El mismo bien á gozar,  
 Que gozamos hace tiempo  
 Con tanta felicidad...  
 Haciendo á todos dichosos,  
 El que es dichoso, lo es más,  
 Y sólo le falta, amigos,  
 A nuestra tranquilidad,  
 Que nuestros compatriotas  
 La gocen también igual.»—  
 Sólo otros dos compañeros  
 Halló prontos á arrostrar  
 Los peligros del viaje,  
 Que eran grandes por demás,  
 Y confiados los tres  
 En su buena voluntad,  
 Y alentados grandemente  
 Por el generoso afán  
 De hacer á los que vivían  
 En el frío y la humedad  
 Y la mayor ignorancia  
 Un favor tan singular,  
 Al *País de las tinieblas*,  
 Sin temer la tempestad,  
 Ni los fieros huracanes,  
 Ni los escollos del mar,  
 Hicieron rumbo, ayudados  
 Por el Señor inmortal  
 Que protege á quien practica  
 La sagrada caridad.  
 Llegaron, y aconsejaron  
 A todos á abandonar  
 Aquel país maldecido,  
 Diciéndoles la verdad  
 De lo que habían hallado  
 Al otro lado del mar;  
 Mostraron pájaros, flores  
 Y pedazos de metal  
 Para probar que decían  
 Méenos que la realidad.  
 —Venid, venid con nosotros,  
 Les decían, que allí están  
 La salud y la riqueza,  
 La virtud, la libertad;  
 Ya sabemos el camino  
 Y allá os podemos guiar,

Y allá vivirémos todos  
 En dulce envidiable paz.  
 —Somos viejos, contestaban  
 Los unos—Nosotros ya,  
 Decían otros, tenemos  
 Nuestras costumbres, y estar  
 Aquí nos es ya más cómodo  
 Que el ir de acá para allá.  
 —Nosotros, acostumbrados  
 A esta gran oscuridad,  
 Contestaban otros, no  
 Necesitamos ver más.  
 —Allí veréis mil primores.  
 —No tenemos mucho afán.  
 —Veréis el sol.  
 —Nos deslumbra,  
 Si es tal como le pintáis.  
 —Tendréis oro.  
 —¿Y para qué?  
 —Sabréis lo que es trabajar.  
 —Pues si acá no trabajamos,  
 Mejor estamos acá.  
 Para ir lo desconocido  
 Tan léjos de aquí á buscar,  
 No queremos exponernos  
 Al furioso vendabal,  
 Y á perecer en un día  
 Todos en medio del mar.  
 Aquí nacimos, aquí,  
 Es claro, estamos muy mal;  
 Pero tenemos costumbre  
 Y no saldremos jamás.

—  
 Y no salieron: los tres  
 Que les fueron á buscar  
 Volvieron desconsolados,  
 Sin poder lograr su afán;  
 Siguiéronles solamente,  
 Con varonil voluntad,  
 Las madres que sus hijuelos  
 Empezaban á criar,  
 Y les siguieron movidas  
 Del santo amor maternal,  
 Previendo para sus hijos  
 Mejor porvenir allá  
 Que el que tenían seguro  
 En aquella oscuridad.  
 Quedaron en las tinieblas

Los que con no trabajar  
Ya se creían dichosos,  
Los que—¡horrible ceguedad!  
No sentían el deseo  
De ver y de saber más.

—  
Esta, lector, es la historia  
Que te he querido contar.  
*El país de las tinieblas*  
Todos le conocen ya;  
Sus nombres son: la *ignorancia*,

Que es el principio del mal,  
Y la *indolencia*, que al hombre  
Le priva de libertad,  
De la santa independencia,  
Y del dulce bienestar  
Que dan el trabajo honrado,  
El estudio y el afán  
De honrarse honrando á la patria  
Con virtud y dignidad.

C. FRONTAURA.

## METAMÓRFOSIS CASTELLANAS.

### VIOLANTE Y CAMILA.

Violante y Camila eran dos hermanas, casi iguales en edad, pero enteramente distintas en sus genios y en sus inclinaciones. Violante había respirado, al venir al mundo, el purísimo ambiente de España; era de pequeña estatura; su pálido y bellísimo semblante estaba lleno de dulzura y de inocencia: jamás resplandecientes joyas ni vistosas galas habían aumentado su hermosura, ni el mundo la había admirado entre los torrentes de lujo y de armonía de esplendidos saraos. Su traje era modesto y sencillo, y sus placeres extender el consuelo y la caridad por todas partes y atraerse los corazones con sus virtudes. Agradábale más que el bullicio del mundo la soledad de los bosques, el perfumado aroma de los jardines y los melodiosos acentos de las aves. ¡Cuántas veces pasaba las horas contemplando

inmóvil, ya la vida y la alegría que da al mundo el astro de la luz, ya el plácido silencio de la noche y el melancólico reflejo de la luna, argentando las cristalinas ondas del arroyuelo que á sus piés mansamente susurraba!

Camila, por el contrario, nacida en un clima abrasador, no podía resistir las frescas auras de nuestra patria, y únicamente conservaba su salud al amor de la lumbre ó en abrigados salones, cuya temperatura elevaban los rayos del sol á través de las ventanas de cristales. Camila, sin embargo, era de alta y graciosa estatura, y todo anunciaba en ella la salud y la alegría: su genio vivo y bullicioso complacía en adornar sus gracias con brillantes trajes de vivísimos matices. Si los placeres de Violante estaban en los bosques y la soledad, los de Camila estaban en los

salones más lujosos. ¡Cuál se reflejaba en su rostro el inmenso júbilo de su alma, cuando radiante de hermosura y de juventud, entre el mágico brillo de las sedas, del oro y de los diamantes, agitábase en las rápidas vueltas de veloz danza, y bullia la risa en sus labios de carmin, mostrando los nacarados tesoros de su boca, y abrasando de envidia á las hermosas y de admiracion á los manebos más gallardos.

Tales eran las dos hermanas. Una noche que Violante descansaba en sus queridos bosques y Camila reia en el bullicio de un sarao, la idea de que la vejez y la muerte habian de acabar sus placeres hirió de pronto su imaginacion.—¡Oh! ¡quién pudiera estar siempre como ahora!—exclamaron casi al mismo tiempo. Inmediatamente sienten en sí una transformacion inexplicable. Hiélase la sangre en sus venas, sin dejar por eso de circular como hasta entónces; sus cuerpos se hacen más pequeños; sus vestidos, separándose en pedazos, se vuelven hojas, anchas, verdes y lustrosas las de Camila, y de color más oscuro las de Violante. Trásfórmanse, en fin, en las dos plantas que con los nombres de Camelia y de Violeta conocemos, siendo las flores sus cabezas, y conser-

vando en ellas sus colores predilectos, y en su existencia las costumbres y el carácter de las dos doncellas. Así la Violeta nace y extiende sus morados pétalos en lo más oculto de los bosques, á orillas de los arroyuelos y halagada por los trinos del ruiseñor. Allí se mece en los brazos de las auras, llena de frescura y lozanía, pero si la separan de su tranquilo retiro cierra sus marchitas hojas y muere.

La Camelia, en cambio, no puede resistir el aire de los campos; nace sólo en las macetas de las estufas, y luce sus vivísimos colores en los más espléndidos salones, ya en el pecho de una hermosa, ya en el negro ó dorado cabello de otra. Mas ¡ay! que la Camelia, envidiada por todas las bellas, la Camelia, su adorno más preciado, que hace resaltar más y más el valor de su oro y de sus joyas, la Camelia luce un dia su belleza, cercada de elogios, y muere olvidada de todos, sin dejar un solo perfume por recuerdo, mientras la Violeta, la modesta florecita, embalsama los campos con su delicado aroma, y ofrece al hombre despues de su muerte dulcísimas esencias para halagar sus sentidos, y remedios para curar sus enfermedades.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



## LA LUNA Y LOS VAPORES.

En una noche de estío,  
De la luna la luz clara  
Iluminaba la tierra,  
Mientras que, las frescas auras  
Respirando, puro incienso  
Llevan de su diosa al ara,  
De mirto y fragantes rosas  
Las vírgenes coronadas.  
Envidiosos los vapores  
Que de una inmunda cloaca  
Nacieran y pretendían  
Aspirar á gloria tanta,  
Viendo que subir no pueden  
Á la altura en que se halla,  
Ni lucir, exasperados,  
Llenos de furor y rabia,  
Entre la luna se ponen

Y la tierra iluminada.  
De los benéficos rayos  
La priva su impía saña,  
Á fin de que ya por ellos  
No más le tribute gracias  
El hombre reconocido.  
La candidez de su alma  
Mostrando, dice la luna,  
¿Podré conocer la causa  
Porque tan mal me quereis  
Que me privais que un bien haga?  
Contestaron los vapores:  
« Brillas en region más alta.»

¡ Á qué extremo de la envidia  
Conduce la negra saña !

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.



# LA PRIMERA EIDAD.

PRECIOSO LIBRO PARA LAS NIÑAS, CON DOCE FIGURINES ILUMINADOS.



El tomo del año 1873, que contiene mucha lectura y gran número de grabados, se vende á **20 rs.** en la administracion de Los Niños (Atocha, 59, bajo), pero á los suscritores de Los Niños les daremos dicho tomo de 1873 por **12 rs.** en Madrid y **14** en provincias, pidiéndolo directamente á esta administracion.